

Rafel Bestard



Las luces y las sombras forman el tejido subcutáneo en la obra de Rafel Bestard (Palma, 1967). En este tejido pululan células que están en constante lucha por manifestarse en la epidermis, a la vista del público. Células de luz y células de sombras que se abrirán paso hacia el exterior. El exterior dejará constancia de aquella tensión producida en silencio no pudiendo mostrar más que aquello generado en el tejido: la tensión.

Una tensión entre la luz y la sombra que es una tensión entre la vida y la muerte, el daño y el bálsamo, la planicie y el abismo. En ciertos momentos, en la alternancia de la luz o de la sombra, sentimos una calma tensa, ese tipo de calma

que se experimenta minutos antes de que se desencadene la tormenta; una vez desencadenada, percibiremos algo que va unido al daño: la lesión.

La lesión es un hecho constante en la obra de Rafel Bestard pero, también, esta lesión tiene luz y tiene sombra. Existe una lesión exterior que nos viene rápidamente sugerida por la luz tenue, incitadora, una luz que nos habla de nosotros mismos, de nuestros matices, de nuestra íntima conexión con todo aquello que nos define como individualidad. La lesión de luz interior, en cambio, es una lesión que parece haber germinado en una charca antigua repleta de microorganismos, al acecho de la voluntad personal, para que



ésta se disuelva en el todo complejo y confuso de las multipulsiones. Frente a estas luces y a estas sombras, el público responde que en las obras de Rafel Bestard hay un poco de cada uno de nosotros.